

Voces de la Revolución Francesa

Si los días heroicos iniciados en 1789 trascendieron las fronteras de Francia para cambiar la mentalidad de Occidente, al grado de que aún en nuestro tiempo prolongamos las conquistas de esa primera gran revolución moderna, la consagración del presente, la invención constante de nuevas concepciones del hombre y de la vida, se manifestaron en una literatura militante, donde el vigor y la elocuencia se alían al sólido pensamiento ilustrado y al desmedido culto a la Diosa Razón. Del numeroso conjunto de los protagonistas de aquellos días, elegimos tres fragmentos. El primero es un discurso de Honoré-Gabriel Mirabeau, pronunciado el 8 de julio de 1789, cuando el gobierno de Luis XVI concentraba tropas alrededor de Versalles y París, como intimidación y ofensa a la Asamblea Nacional; le sigue un fragmento del periodista Camille Desmoulins, director del Vieux Cordelier, donde denuncia los excesos e injusticias cometidos en nombre del Terror desatado por Robespierre, audacia que Desmoulins habría de pagar con su vida. Por último, se incluye la proclama de Napoleón Bonaparte a sus soldados, una vez consumada la victoria de Austerlitz. Más allá de las críticas al papel histórico de Napoleón, es indudable que su formación ideológica, sus hazañas políticas y militares —al igual que la vehemencia de Mirabeau y la osadía de Desmoulins— son producto del movimiento revolucionario cuyo bicentenario recordamos este año.

HONORÉ-GABRIEL MIRABEAU

... Treinta y cinco mil hombres se hallan distribuidos entre París y Versalles. Otros veinte mil están en camino. Los siguen trenes de artillería. Se han designado puntos para las baterías. Se han asegurado todas las comunicaciones e interceptado todos los pasajes: nuestros caminos, nuestros puentes, nuestras veredas se han convertido en postas militares. Los acontecimientos públicos, las reuniones clandestinas, las órdenes secretas, las contraórdenes precipitadas, en una palabra los preparativos de guerra golpean todos los ojos y llenan de indignación todos los corazones.

Así pues, no bastó que el santuario de la libertad fuera mancillado por las tropas. Que se haya ofrecido el espectáculo inaudito de una Asamblea Nacional presionada por consignas militares y sometida por las fuerzas armadas. ¡No bastó que se unie-

sen a este atentado todas las inconveniencias, todas las faltas de respeto, en suma, la grosería de la policía oriental!...

... Señores, aun si sólo se tratara de nosotros, si solamente se hubiese dañado la dignidad de la Asamblea Nacional, no por eso sería menos conveniente, justo, necesario, importante para el mismo rey que fuésemos tratados con decencia, pues somos, finalmente, los diputados de esta nación que por sí sola representa la gloria, que sola constituye el esplendor del trono, de esta nación que honrará la persona del rey en la medida en que él mismo la honre.

Puesto que es a hombres libres a quienes desea comandar, es tiempo de que desaparezcan esas formas odiosas, esos procedimientos insultantes que persuaden a aquellos que rodean al príncipe de que la majestad real consiste en las viles relaciones entre el amo y el esclavo, de que un rey legítimo y

amado debe mostrarse en todas partes y en toda ocasión bajo el aspecto de los tiranos irritables o de esos usurpadores tristemente condenados a desconocer el sentimiento dulce y honorable de la confianza. . .

CAMILLE DESMOULINS

. . . No, la libertad descendida del cielo no es una ninfa de la ópera; no es un bonete rojo, unos harapos o una camisa sucia. La libertad es el bienestar, es la razón, es la igualdad, es la justicia, es la declaración de los derechos, ¡es vuestra sublime Constitución! ¿Queréis que yo la reconozca, que caiga a sus pies, que vierta por ella toda mi sangre?

¡Abrid las cárceles a esos doscientos mil ciudadanos que llamáis sospechosos! En la declaración de los derechos no existe sitio para una cárcel de sospechosos, sólo de arresto. La sospecha no tiene prisiones, sólo el acusador público; no existen personas sospechosas, sólo detenidos por delitos fijados por la ley. Y no creáis que esta medida sería funesta para la República. Sería la medida más revolucionaria que pudiérais tomar. ¡Queréis exterminar a todos vuestros enemigos por medio de la guillotina! Pero ¿hubo alguna vez una mayor locura? ¿Podéis hacer perecer a uno solo en el cadalso sin crearos diez enemigos de su familia o de sus amigos? ¿Creéis que son peligrosos esos ancianos, esas mujeres, esos egoístas, esos rastrosos de la revolución a quienes encerráis? De vuestros enemigos sólo quedan los cobardes y los enfermos; los bravos y los fuertes han emigrado. Han muerto en Lyon o en la Veendé; el resto no merece vuestra cólera. . .

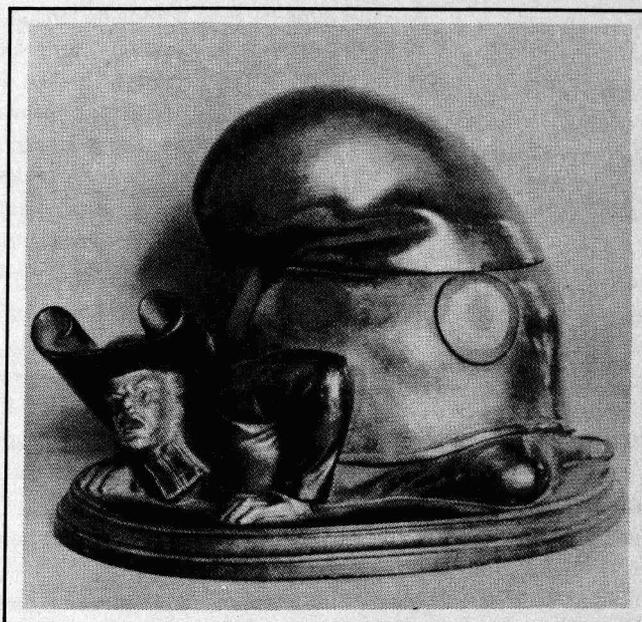
¡Qué de bendiciones se elevarían entonces en todas partes! Pienso muy diferente que aquéllos que os dicen que hay que mantener el terror a la orden del día. Estoy seguro, por el contrario, de que la libertad se consolidaría, de que se vencería a toda Europa si hubiese un Comité de Clemencia. . .

NAPOLEÓN BONAPARTE

Soldados: estoy satisfecho de vosotros. Habéis justificado en la jornada de Austerlitz todo lo que esperaba de vuestra intrepidez. Habéis decorado vuestras águilas con la gloria inmortal.

Un ejército de cien mil hombres comandado por los emperadores de Rusia y de Austria ha sido de-

tenido y disperso en menos de cuatro horas. El que escapó a vuestro hierro se ha ahogado en el lago. Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte cañones, veinte generales, más de treinta mil prisioneros son el resultado de esta jornada que será célebre por siempre. Esta infantería tan alabada y numerosa no pudo resistir vuestro embate y desde ahora no habrá rivales que os atemoricen. En dos meses esta tercera coalición ha sido vencida y disuelta. La paz no está lejos pero, como prometí a mi pueblo antes de cruzar el Rhin, no consumaré sino una paz que dé ga-



rantías y asegure recompensas a nuestros aliados.

Soldados: cuando el pueblo francés colocó sobre mi cabeza la corona imperial, confié en vosotros para mantenerla siempre en ese elevado esplendor de gloria que es el único que le confiere valor ante mis ojos; pero al mismo tiempo nuestros enemigos pensaban en destruirla y envilecerla, deseaban obligarme a colocar esta corona de hierro conquistada con la sangre de tantos franceses sobre la cabeza de nuestros más crueles enemigos; proyecto temerario e insensato que, el día mismo del aniversario de vuestro emperador, habéis aniquilado. Les habéis enseñado que es más fácil desafiarnos y amenazarnos que vencernos.

Soldados: cuando se haya cumplido todo lo necesario para asegurar el bienestar y la prosperidad de nuestra patria, os conduciré a Francia. Allí seréis objeto de mis más caras atenciones. Mi pueblo os verá con alegría y bastará decir: “estuve en la batalla de Austerlitz” para que digan: “he aquí un valiente”. ♦